

## BESTIARIO CLÁSICO

XAVERIO BALLESTER

Universidad de Valencia (Valencia)

**El Gallo de Sócrates**

Pongamos las verdes selvas que son baluarte de las nieves himalayas, o más bien, la azafranada cuenca del Ganges luctuoso, o mejor, los azules cursos del móvil Indo y una tortuga charlatana —así la fábula— que le pide a un águila que la lleve a volar. “De acuerdo” dice el águila “Haremos un largo viaje, pero necesito libres mis garras para defenderme o atacar, sujétate mordiéndome con tu desdentada boca ¡Y no se te ocurra hablar!”. Y volaban. El parlanchín quelonio estaba emocionado por lo que sus ojuelos veían, el cruzarse con alfombras persas voladoras, el rojo mar, a la derecha el antiguo embarcadero entre los penachos del Cáucaso, a la izquierda la isla donde nació la dueña del amor, aquí la humeante Ilión y el estrecho que Leandro Byron y el bovino cruzaron... deseaba expresar su admiración, pero, recordando el apercibimiento de su portadora, apretaba sus arrugadas mandíbulas... el blanquísimo promontorio, fausto fanal de nautas, más y más islas, montes, montañas, ríos y ciudades, mar, los tacones del coturno ausonio y, por fin, la arena brillantísima del tricornio insular, “¡Oh, qué maravilla!”.

Era la playa de Gela, pero, para desgracia de Melpómene, los marines aún no habían desembarcado, y así el incauto animalillo, vencedor del veloz Aquiles en los juegos Eleatas, esa gárrula convexidad salida del domicilio de Tártaro, vino a dar —implume ave de Estínfalo— en la pensante azotea de Ésquilo, el trágico. Y a la casa de Tártaro que se lo llevó.

Para los hijos de Helena la diplomatura en la dicha de un hombre no debía otorgarse hasta el postrer singulto de una vida. A nadie llames feliz hasta la última prueba, dice Édipo hijo de Sófocles, Solón herodoteo. La nota del examen final era la que contaba y, naturalmente, no cabían septiembreres ni compasivas repescas. Una muerte desdichada desbarataba la beatitud de una vida, un morir placentero anulaba los

suspensos de muchos sinsabores. Y había que estar prevenido, véase Lampridio Heliogábalo.

Después, en aquellas mismas arenas, águilas de dos reactores lanzarían galápagos incendiarios. Y sabemos que esta es una muerte indigna. Los perros de Eurípides, la encina de Milón crotoniense, el asno de Crisipo... ¿mas de Ésquilo qué? Del águila diremos que es hamsa de Zeus y compañera del rayo, pero de una humilde tortuga, criatura del infierno ¿qué decir? Tan sólo que su caparazón seméjase al opaco cielo del cráneo y su longevidad, ay, recrimina nuestra fugacidad.

No lejos de Gela está el ahíto sepulcro de Empédocles. Había predicado su divinidad y la hegemonía equitativa de los cuatro elementos. Un volcán es el aire del cielo que sus cumbres rozan, el agua de sus nieves cimeras, es el fuego de sus ardientes lavas y la tierra —polvo, arcilla y cieno— de sus cráteres. “Me creí un águila y quise volar hasta el sol, pero qué duro era el techo de mi habitación” fueron ripios de un infame poeta, pero admonitorios. Y el Etna engulló al arrojado Empédocles enterito, salvo —*non omnis moriar*— su sandalia de bronce. Estupefactos, sus discípulos no supieron cómo interpretar el hecho. Ni aún hoy nadie ha sabido explicarlo. No moriré del todo. Al menos quedó la duda ¡Más te hubiese valido hacer algo parecido, Tycho Brache, tú que como ninguno conociste el rumbo présago de las estrellas! ¡Más te hubiese! Durante una ceremoniosa parada murió en imperial carroza de Rodolfo II, sí, pero de una contención mingitoria ¡Caro tributo a los modales cortesanos! ¡Hiperbólica pleitesía a la convención! Todo por no haber leído la perífrasis en el Calagurritano ni sabido pedir permiso a su majestad *ad requisita naturæ*. Sus nórdicos paisanos —pues el sarcasmo no es patrimonio de latitud alguna— propusieronle un contundente epitafio: *Vivió como un sabio, murió como un gilipollas*.

Si al menos un gallo a Esculapio, una tortuga o unas calzas plateadas.